

Querido Diario:

Marcela Guijosa

La semana pasada fui a la fiesta de cumpleaños de mi amiga Gloria: cumplió sesenta años. Sus hijas y sus sobrinas le organizaron una gran comida, muy elegante, donde las invitadas -más de cien- éramos puras mujeres. Y después de comer, además del conjunto musical y la posibilidad de bailar, le tenían preparado un *show* sorpresa. En grandes pantallas presentaron un video que contaba toda su historia, con fotos desde la infancia, y que tenía intermedios, en los cuales había teatrito: las hermanas, las hijas y las sobrinas, perfectamente disfrazadas, representaban escenas muy chistosas de la vida de Gloria.

Gloria es una gran mujer. A sus sesenta, está guapísima. (Yo ya quisiera estar *ahorita* como ella). No es famosa ni ha brillado en la vida pública. No es artista, ni política, ni intelectual. Toda su vida ha sido ama de casa, esposa, madre y, en los últimos tiempos, abuela. Ella es una señora de las de antes. De la generación de mi madre. De esas muchachas que no pudieron estudiar porque *no se usaba* o porque sus padres o sus maridos *no las dejaban*. De la generación que veía películas de Hollywood y suspiraba y soñaba el sueño realmente dorado: que un muchacho parecido a Errol Flynn o a Robert Mitchum, o cuando menos, a Emilio Tuero, las llevara vestidas de azahares al católico altar.

Y se les cumplió el sueño, y no resultó tan dorado.



Daniel Correa Rojo

Después de cumplir los cincuenta, Gloria sintió la necesidad de, por un lado, meterse a terapia psicoanalítica. Por otro, decidió tomar varios cursos de desarrollo humano y de autoestima y, finalmente, se metió a un taller literario. Yo la conocí en este último.

Y la he ido conociendo cada vez más a fondo y la he ido queriendo más cada día. Cuando compartes con la gente sus escritos, llegas a lugares muy profundos de su corazón. Se puede decir que se genera otro tipo de amistad, muy especial y muy difícil de definir, pero muy entrañable y verdadero. Y poco a poco he ido descubriendo que Gloria es una mujer lo que se dice *buena*. Honesta, luchadora, valiente. Y sobre todo, generosa.

En la fiesta estábamos varias amigas del taller. Y era muy interesante ver “la historia” que presentaban las mujeres de su familia en el video, e irla completando con otras cosas que nosotras sabemos por los textos de Gloria: su punto de vista. Sus momentos íntimos de dolor, de

escenas tan universales de la madre-orquesta que no tiene ni un minuto de descanso. Y nos reflejábamos y éramos también nosotras. Nuestras infancias y nuestras bodas. Nuestras propias criaturas. Nuestras madres, nuestras tías, nuestras abuelas.

Me gustó mucho ese fiestón. Era como banquete de bodas, pero sin boda. Como recepción profesional, como de esos eventos de las empresas que presentan un



rabia, de felicidad o de incertidumbre. O

sea, las verdaderas bróncas, los sueños, los logros interiores. Todo eso que los hijos intuyen, pero no saben. Todo eso que no está en las fotos.

Y entonces nos dedicamos alegremente, con las demás invitadas, a comer, a beber, a bailar. A aplaudir y a llorar frente a la pantallota que mostraba tantas imágenes conmovedoras, la niña feliz, la novia ilusionada, la madre o la abuela de esas criaturas tan preciosas. A carcajearnos cuando salía el teatrillo y todas nos burlábamos cariñosamente de esas

nuevo modelo de coche o algo.

Pero finalmente era como homenaje a lo cotidiano, a esa vida femenina tan trabajosa y tan heroica. Era celebrar eso tan anónimo: la vida de una mujer de sesenta años, común y corriente.

Gloria nos confesó que le había costado muchísimo trabajo aceptar que sus hijas le hicieran esa fiesta. Dijo que le *daba pena*. No se sentía merecedora de tanto festejo, de tantas invitadas, de tanto gasto. Pero ya el mero día, estaba feliz. Al final nos comentó algo así como que desde su boda que no se sentía tan importante. Yo pensé que muchísimas mujeres sólo se sienten importantes el día de su boda. Como dice irónicamente Berta Hiriart, “es el único día de tu vida donde todas las miradas estarán puestas en tí”. Tal vez lo sea también, para algunas, el día en el que paren a su primer hijo. Y un poquito algún diez de mayo.

Me percaté de que a muchas de las que estábamos ahí se nos antojaba que por favor alguien nos hiciera una fiesta igual. Así, carísima, con paella y con música y videos y teatros y todo. Es más: que fuera costumbre y tradición obligatoria hacerle una fiesta de éstas a todas las mujeres cuando cumplieran sesenta o setenta años. Donde se reconociera públicamente que nuestra presencia y nuestra vida entera ha sido importante y valiosa. Que alguien lo agradece. Que se reconoce que vale la pena cada uno de los cariños -muchos en forma de tediosos quehaceres domésticos- que hemos prodigado a los demás. Que en un gran evento se nos diga gracias por cada sopa, por cada pañal y cada sábana limpia, por cada llevada al doctor, por cada comida del perro, por cada vez que pusimos la oreja cariñosa o el pecho hospitalario y consolador.

Porque en la mayoría de los casos la madre -la esposa- se considera más bien una lata. Una presencia borrosa. Una criada. Una mujer siempre disponible, pero siempre un poco pesada y un poco tonta o anticuada. Alguien que da hueva. Pero que siempre tiene que *estar*. Que siempre debe cumplir con su "obligación" y que sólo es notoria cuando no la cumple.

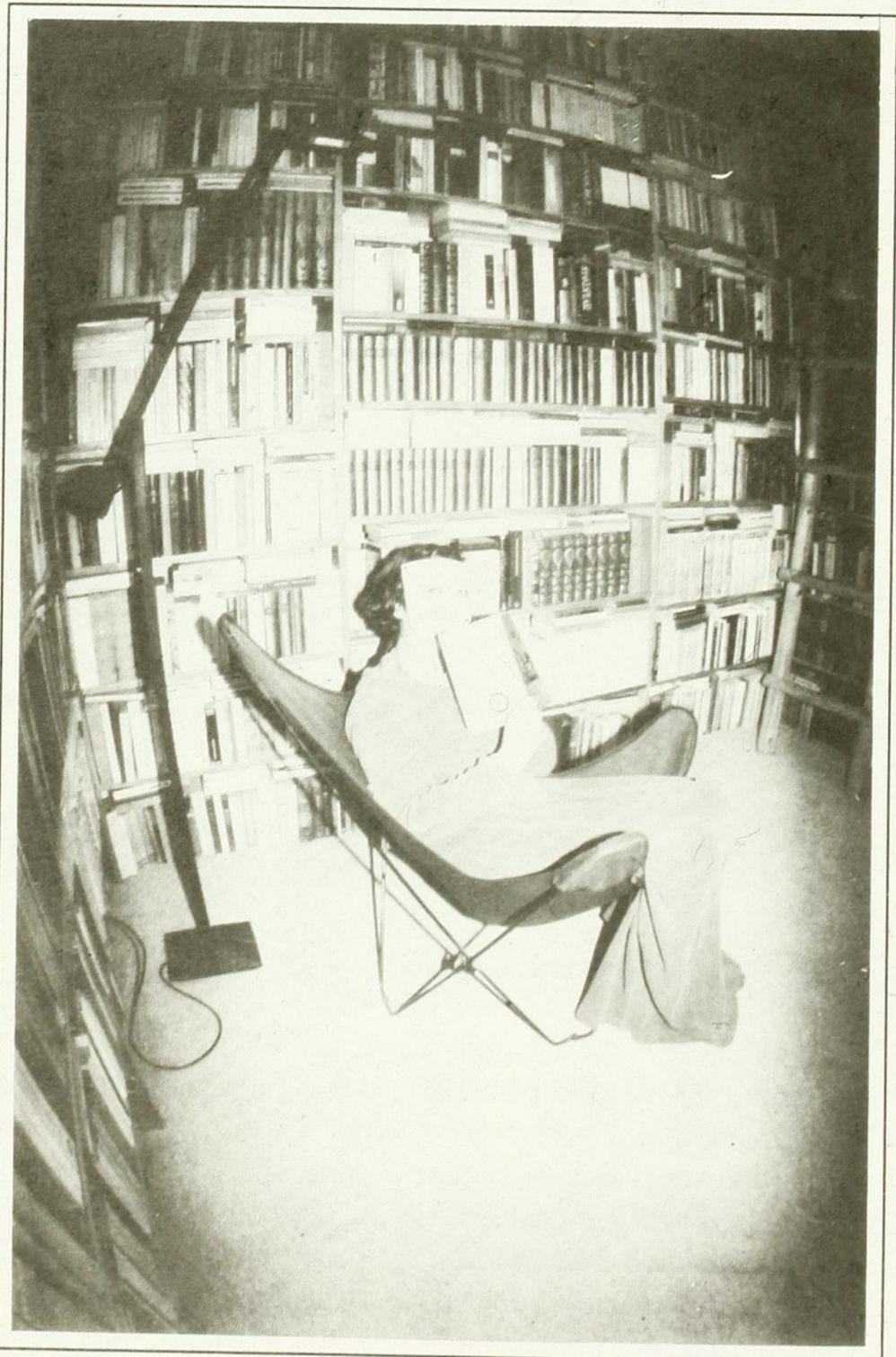
Aunque he ido a muchas fiestas de cumpleaños, este festejo de Gloria me conmovió especialmente. Será porque no se lo organizó ella misma, sino sus hijas, sus hermanas, sus amigas. Será por lo grandote y lo formal. Por el sabor de homenaje que había. Por el gran cariño que se sentía en todas las que estábamos ahí.

Porque sentí esa fuertísima "vibra" femenina. Estaba yo segura que en cada mesa había varias mujeres valientes, fuertes, generosas y... anónimas. Ésas que sólo son "señoras".

Y hoy yo quisiera homenajearlas a todas ellas. A las que aparentemente no fueron transgresoras. A las que, valientes, no se divorciaron. A las que nunca trabajaron en la calle, nunca en el afuera sino en el adentro: se han pasado la vida arreglando su casa, atendiendo a su marido, cuidando a sus hijos y a sus nietos.

Porque reflejan esa parte tan discutida de lo femenino: esa abnegación, ese gran cariño, esa capacidad de ver por los demás y de quererlos y de cuidarlos. Esa maravilla que está más allá del sometimiento o la anulación personal, porque es libre y voluntariamente prodigada, y que en muchos casos, como en el caso de Gloria, no lleva incluido el "cobro" victimesco y chantajista. Es dádiva, digna y gustosa. Es la alegría de hacer una comida para los otros. El gozo de dar a luz y cuidar a un niño. El placer de ser nutricia. La satisfacción de ordenar el caos. El poder ser calor, techo, cobija.

Esa capacidad de las mujeres que está más allá de un "destino" o de una "obligación". Yo creo que se llama generosidad, solidaridad, fortaleza. Se llama sabiduría y compasión. Se llama capacidad de amar. Y francamente, es muy digno de celebrarse, y puede ser modelo para los demás porque, viéndolo bien, es lo mejorcito del género humano. *Jem*



Rotmi Enciso